

DON MANUEL ALFARO, NATURAL DE CERVERA

(FUE PADRE DEL FAMOSO GENERAL Y POLÍTICO
LIBERAL ECUATORIANO)

POR

JOSÉ SANZ Y DÍAZ,

de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela

Uno de los hombres más conspicuos del Ecuador en la pasada centuria y comienzos de la actual, dentro del campo político del liberalismo, lo fué sin duda alguna, el General don Eloy Alfaro, dos veces Presidente de aquella República hispanoamericana y símbolo, a lo largo de un siglo, de la política de izquierdas en su país. Fué enemigo político de aquel santo y sabio varón que se llamó don Gabriel García Moreno, Jefe del Estado ecuatoriano varias veces a pesar suyo, que murió mártir en 1875, asesinado por orden de la masonería al defender las ideas católicas de su Patria y está propuesto para ser canonizado.

El reverso de García Moreno, sin carecer por ello de virtudes cívicas, era en política el famoso Eloy Alfaro, que a nosotros nos interesa históricamente por ser hijo de un riojano, poco o nada conocido en su patria chica, Cervera del Río Alhama.

La bibliografía alfarista es inmensa; para orientación de curiosos lectores y como fuentes de este trabajo, citaremos «Vida y muerte de Eloy Alfaro», por Roberto Andrade; «Campaña de 1884» y «Narraciones históricas», por el propio Eloy Alfaro; «Documentos que manifiestan la incruenta revolución acaudillada por Eloy Alfaro», anónimo; «Eloy Alfaro refutado por documentos auténticos», por Antonio Flórez; «Eloy Alfaro», tres volúmenes (Quito, 1947), por Wilfrido Loor; «El Ecuador de 1825 a 1875», por Pedro Moncayo; «La

hoguera bárbara o vida de Eloy Alfaro», por Alfredo Pareja Díaz-Canseco; «Los pentaviros y Alfaro», por José María Sarasti; «El general Alfaro y la Restauración», por Rafael Villamar y «Caín», por Vindex.

Igualmente interesan para el conocimiento cabal y desapasionado de Eloy Alfaro, las biografías de D. Gabriel García Moreno escritas, entre otros muchos, por Roberto Agramonte, A. Berthé, Cancio, Crespo Toral, Manuel Gálvez, Pablo Herrera y Juan León Mera, así como los libros «García Moreno y los liberales del Guayas, y «El régimen liberal y el conservador juzgados por sus obras», anónimos; «Cartas de García Moreno», por Carlos Ordóñez; «García Moreno y el Ecuador de su tiempo», por Richard Pathé, obra fundamental por lo extensa, documentada y objetiva; «Escritos y Discursos de García Moreno», por Manuel M. Pólit; «La verdad contra mis calumniadores», por Gabriel García Moreno; «Vida de Juan Montalvo», por Oscar Efrén Reyes y los libelos montalvinos. Esta es la bibliografía más importante para el estudio de la vida del discutido hijo de un emigrante riojano, casi toda ella publicada en Quito y en Guayaquil desde 1875, fecha del asesinato de García Moreno por los amigos de Alfaro.

Para el estudio biográfico del padre del General y Presidente liberal ecuatoriano, seguimos principalmente a Wilfrido Loor, cuya extensa obra ha visto la luz en 1947. José Eloy de Alfaro nació en Montecristi, provincia de Manabí (Ecuador) el 25 de Junio de 1842. Su partida de bautismo dice así: «En Montecristi a tres de julio de mil ochocientos cuarenta y dos.—El Presbítero José María Aragundi bautizó, puso óleo y crisma a José Eloy de ocho días, *hijo natural* de Manuel Alfaro y de Natividad Delgado; fué su padrino Agustín Villavicencio a quien advertí su parentesco espiritual y obligaciones, lo que certifico.—Cayetano Ramírez y Fita».

Manabí era una de las provincias más despobladas del Ecuador; Montecristi tendría por entonces unos 1.500 habitantes, como las villas próximas de Portoviejo y Jipijapa. Su comercio exterior consistía en pequeñas exportaciones pecuarias y agrícolas, así como en la fabricación de sombreros y de otros artículos de paja.

A Montecristi llegó el riojano Manuel Alfaro en fecha que no han podido precisar los distintos autores que de él

tratan; pero que «en ningún caso—dice Loor—debe ser posterior a 1835, si tomamos en consideración que en 1842 tenía en una concubina, doña Natividad Delgado, cinco hijos vivos y dos más que habían muerto en la infancia, todos nacidos en Montecristi.» (1)

Don Manuel Alfaro, según los distintos autores consultados, era natural de la villa de Cervera del Río Alhama, provincia de Logroño (España), y hasta aseguran que tenía entonces dicha población quinientas casas divididas en dos barriadas. Dato que confirma Madoz en su «Diccionario», de donde sin duda lo tomaron los biógrafos, toda vez que se publicó en 1845 y las referencias de los americanos son posteriores. Por cierto que D. Pascual Madoz dice (2) con relación a Cervera, que «se cree ser esta población de antigüedad por lo que demuestran las ruinas de su castillo y una lápida encontrada en una excavación hecha por D. Domingo Mariano de Traggia. En 1171 fué una de las diferentes que el rey de Castilla entregó al de Aragón en seguridad del concierto hecho contra el señor de Albarracín». Y añade: «Cuéntase Cervera entre las diferentes poblaciones que dió el rey Enrique de Trastámara a su general francés (Beltrán Duguesclin) por los servicios que le prestó para elevarle al trono de Castilla. Los cerveranos, en unión de otros pueblos riojanos, pasaron a ocupar Tarazona en favor de Felipe V contra el Archiduque Carlos de Austria.»

Pero volvamos a nuestro D. Manuel Alfaro y dejemos su villa natal. Como tantos otros emigrantes de la comarca, bien por necesidades económicas o por afán de ver mundo, un buen día de la primera mitad del siglo XIX llegó nuestro riojano a Guayaquil y obtuvo empleo en los negocios del español D. Antonio Luzarraga, rico propietario y dueño de una corbeta rotulada «Alcance», barquichuelo histórico por haber intervenido en la revolución secesionista de América del Sur, con lo que queda malparado el patriotismo español del tal Luzarraga, que además era un usurero de tomo y lomo.

Su patrón manda a Manuel Alfaro a comprar sombreros de paja toquilla a Montecristi, «que era por aquellos años el centro más importante de los tejidos de fibra del Ecuador.

(1) «Eloy Alfaro», tomo 1, pág. 5.

(2) «Diccionario Geográfico-Estadístico e Histórico de España y sus posesiones de Ultramar», tomo IV, pág. 361.

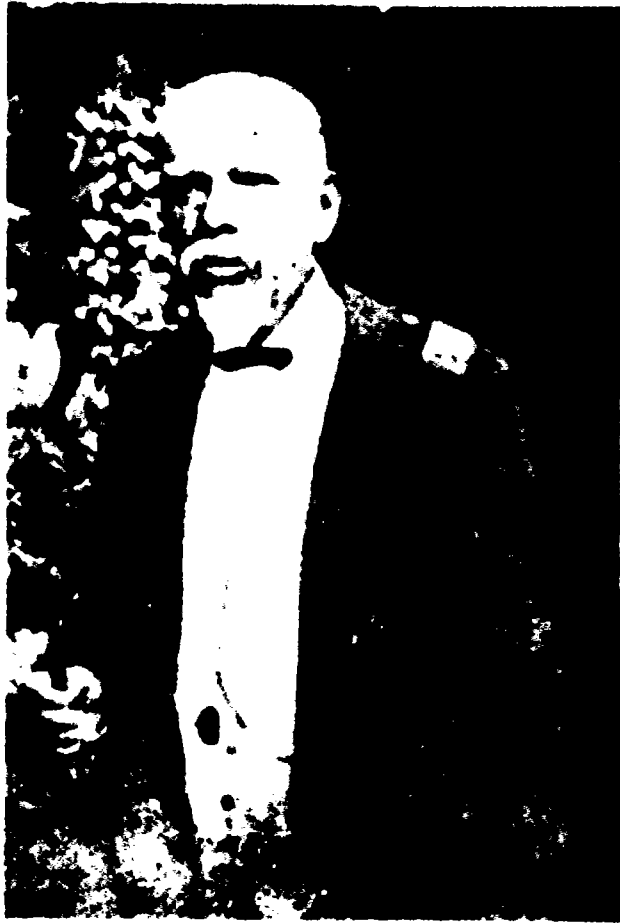
aunque no el único, porque la paja toquilla se tejía a precios irrisorios en todos los pueblos manabitas, y también en el norte del Perú.» El comerciante avariento adelantaba dinero a los artesanos indígenas y luego se quedaba con los sombreros a precios miserables. Así aquellos hombres de presa, mal llamados comerciantes, se enriquecían rápidamente a costa del sudor de los obreros que no alcanzaban a malvivir con su trabajo.

Al riojano Manuel Alfaro le gustó el negocio: no quiso que le siguiera explotando el Luzarraga, en lo cual hizo bien, y empezó a negociar en tejidos de fibra por cuenta propia. Pronto se unió en público concubinato con Natividad Delgado, mestiza, que ya tenía una hija llamada Tomasa, de padre desconocido, según acredita la siguiente partida de bautismo (1): «En Montecristi a diez y nueve de Septiembre de mil ochocientos treinta y uno. Yo el infrascrito Coadjutor bautizé, puse óleo y crisma a Tomasa de tres días de nacida, hija natural de María de la Natividad y padre no conocido: los padrinos fueron Juan de la Cruz Triviño y Romualdo Chávez; advertidas sus obligaciones y el parentesco espiritual, lo que certifico.—F. Tomás Galarza».

Todo ésto, habidas las circunstancias de tiempo y lugar, no era tan escandaloso como pudiera suponerse, ya que la moral en aquellas apartadas tierras estaba muy en baja con la anarquía de las revoluciones separatistas y el paso de la semi-bárbara soldadesca. D. Manuel Alfaro vivió unido a doña Natividad fuera del vínculo sagrado del matrimonio más de veinticinco años; pero al final se casó con ella. El riojano ganaba dineros en abundancia y además gozaba de grandes simpatías en Montecristi, hasta el punto de que nadie atentó contra él en los tumultos populares de 1845, cuando se hablaba de expulsar de la provincia de Manabí a los extranjeros. Gritos más bien dados contra los forasteros «colombianos y venezolanos que, venidos con los llamados ejércitos libertadores, quedaron en tierras ecuatorianas con un supuesto derecho a que se les mantuviese por haber traído al pueblo el don de la libertad».

Es agradable leer en un autor extranjero como Wilfrido Loor estas palabras: «En Manabí no se odió a España con el corazón, sino con la cabeza... de los próceres en sus discursos».

(1) Al folio 179 del Libro de Bautismos de Montecristi, que va de 1805 a 1836.



Ultimo retrato del General Eloy Alfaro.



Una vista de Quito, capital del Ecuador, en los días en que el rojano Manuel Alfaro llegó a dichas tierras hispanicas.

sos y proclamas libertarias, que no llegaron nunca a la entraña de las multitudes.» Nunca molestó el pueblo ecuatoriano a los españoles y por eso se quedó a vivir en Montecristi D. Manuel Alfaro. Levantó en el centro del pueblo una casa solariega y se labró a fuerza de habilidad comercial una holgada posición económica en pocos años. El Presidente Flórez quiso hacerlo Juez de Comercio y el riojano rechazó la oferta cortesmente. «porque el tiempo le venía estrecho para enriquecerse en el negocio de sombreros», según dice un autor contemporáneo. Con motivo de ciertas publicaciones contra el general Plaza en 1901, dice Eloy Alfaro que la casa de sus padres en Montecristi «fué uno de los mejores edificios en su tiempo». (1)

Llor dice que esta afirmación es cierta, pues la casa en cuestión fué lo que hoy llamaríamos un hotelito o «villa» de piedra, ladrillo y madera, con ventanas de calado herraje sobre la rua y amplia galería corrida en la solana. Luego, añade, un escudo nobiliario adornaba la entrada, pues D. Manuel Alfaro se creía de sangre azul... No le gustaba mucho rozarse con indios y gente baja, y para su hijo Eloy busca un padrino como don Agustín Villavicencio, el hombre más rico y de pujos aristocráticos más fuertes en toda la provincia. (2) Esta supuesta o real nobleza de los Alfaro de Cervera, podrá comprobarse fácilmente en los Archivos de la villa riojana.

Roberto Andrade escribe (3) que «don Manuel Alfaro nació en la Rioja, provincia de España y vivió en circunstancias que las provincias de Navarra, vecinas a la de Rioja, eran el centro de las contiendas carlistas; en aquellas luchas alcanzó el grado de Capitán, pero fué vencido y emigró a Inglaterra, luego a Cuba, luego a Panamá y por último a Sud América, estableciéndose a Montecristi.» De ser esto cierto, el grado de Capitán lo debió de ganar en el Ejército carlista, puesto que de haber militado en el lado liberal no hubiera tenido que emigrar, y la primera guerra carlista no terminó hasta el 1839 con la traición de Vergara. Para esta fecha D. Manuel Alfaro estaba establecido en Montecristi (Ecuador) desde hacía cinco años y había tenido cuatro hijos ya con doña Natividad Delgado.

(1) Eloy Alfaro: «Documentos póstumos», New York 1913, pág. 45.

(2) Obra citada, tomo I, págs. 7 y 8.

(3) «Vida y muerte de Eloy Alfaro», pág. 1.

Andrade, por tanto, no parece estar en lo cierto, dada la lentitud de los transportes en aquellos tiempos y el largo periplo que, según él, tuvo que recorrer el emigrante riojano antes de llegar a las tierras ecuatorianas de Manabí. Más lógico es lo que sugiere Loor de que Manuel Alfaro se las diese de carlista en el Ecuador por la popularidad que don Carlos gozaba allí y la adhesión de los manabitas a la viuda y a la hija de Fernando VII, el rey con el cual tuvieron que luchar cruentamente en las guerras por la independencia americana.

Hemos dicho que la compañera del ceriverano era mestiza, cuarentona quizá, según se desprende de su partida bautismal, que dice así: «En Montecristi a ocho de Setiembre de mil ochocientos y nueve. Yo el Cura propio infrascripto bautizé, puse óleo y crisma a María de la Natividad, hija legítima de Rafael de la Cruz Delgado y María de la Cruz López, mestiza; fué su madrina doña Juana María Gómez a quien advertí su obligación y parentesco, lo que certifico. — Cayetano Ramírez Fita». (1) Al margen de esta partida se lee: «Mestiza»; luego, encima, con letra de la época: «Cuarterona», dando a entender así que uno de los padres era blanco. Luego si nació en 1809 y en 1831 se bautizaba a Tomasa, Natividad Delgado tuvo esa hija de padre desconocido a los 22 años de edad, lo que indica que desde muy joven fué muy ligera en materia de amores.

De su unión concubinaria con el riojano tuvo siete hijos naturales, por este orden: Ildefonso, José Luis, Manuela, Eloy, Manuel, Medardo y Marcos Alfaro Delgado, apellidos que llevaron todos, incluso Tomasa, que se casó con el general Francisco Morales, protegido de Eloy Alfaro seguramente. Antes había usado Tomasa el apellido Andavalda, de un conocido español residente en Montecristi y que tal vez fuera su padre. Manuela Alfaro Delgado casó con don José Cagigal, hijo de un emigrante santanderino.

Fernando Zevallos dice (2) que don Manuel Alfaro no pudo casarse con su concubina hasta que no murió en España su mujer legítima, cosa al parecer fantástica; pues lo cierto es, según los autores consultados, que al subir al poder García Moreno, en su deseo de moralizar la familia, or-

(1) Libro de Bautismo de Montecristi, tomo III, año 1809, página y folio vuelto, n.º 35.

(2) «Diario Manabita» de Portoviejo (Ecuador), día 29 de Julio de 1939

denó que los unidos en concubinato público se casaran o se separaran, bajo pena de cárcel o destierro si eran extranjeros. Es así como el riojano se unió en matrimonio con doña Natividad Delgado bajo la bendición de la Iglesia Católica el día 19 de abril de 1862: «En esta Parroquia de Montecristi a diez y nueve de abril de mil ochocientos sesenta y dos presencié (sic) el matrimonio que contrajeron Manuel Alfaro y Natividad Delgado.—Lo que certifico. Por el Presbítero Manuel Egüez, Domingo Viteri.» Este fué el sucesor de Egüez en el curato de Montecristi y anotó la partida porque su antecesor, ya muy anciano, había olvidado el hacerlo.

Al mes siguiente se casaba un hijo de ellos, José Luis Alfaro Delgado, con doña Carlota Acevedo.

Loor asegura que don Manuel no se casó antes con la cuarterona Natividad madre ya al conocerla él de una hija de padre desconocido legalmente, pero identificado en Montecristi en el español Andavalda, porque le daba vergüenza en llamarla su esposa. Y añade textualmente: «Había un abismo entre el blanco de sangre azul con escudo y pretensiones nobiliarias y la mestiza que entrega a un desconocido las primicias de su amor, que no puede ni siquiera determinar la paternidad de la primera vida que surge en sus entrañas; ella llevaba sangre de indio humillado por el prejuicio de tres centurias y él venía de la estirpe de Pelayo». (1) Con ello nos da a entender que el orgulloso cerverano ya le hacía bastante honor a Natividad Delgado teniéndola por concubina.

Durante bastante tiempo los negocios le debieron ir muy bien en Montecristi a don Manuel Alfaro, pues dice Roberto Andrade, panegerista de Eloy y su correligionario, que «el negocio de don Manuel le permite adquirir parcelas de tierras para la siembra y sobre todo para la cría de ganado en Colorado y otros sitios. Añade, en lo que respecta a la educación del iletrado general Eloy Alfaro, que don Manuel y el francés M. Becherel, residente en Montecristi, trajeron de Europa un profesor de segunda enseñanza para sus hijos y que el aprendizaje fué principalmente comercial.

Poco más sabemos de la vida del cerverano Manuel Alfaro; únicamente que murió de avanzada edad y que muy anciano residía en Punta Arenas (Costa Rica), sin saber las

(1) Obra citada, tomo I, pág. 12.

razones del cambio de residencia; quizá mermas económicas, imperativo de los negocios o avatares de la política revolucionaria del hijo. Durante el exilio de Eloy Alfaro en Panamá y poco antes del asesinato de García Moreno en 1875, al evocar esta época, un biógrafo del general escribe: «Eloy Alfaro aparenta ser bueno por negocio (era negociante afortunado en Panamá), para poder triunfar en la vida y hasta en sus crímenes procura ostentar virtud. Cumple los deberes de familia, educa en los Estados Unidos a sus hermanos Manuel y Medardo, que estudian Medicina; costea los gastos de otro hermano, Marcos, en Cuenca (Ecuador), que se prepara para la abogacía, y es protector y sostén de su anciano padre, que está en Punta Arena (Costa Rica), y de sus hermanos que no prosperan como él en los negocios». (1)

Para completar el retrato moral de don Manuel, a través de su hijo, tenemos esta alusión de Loor en el capítulo quinto: «A Eloy Alfaro el horizonte económico se le presentaba despejado (en el exilio). Los negocios le dan el ciento por uno. En Montecristi aprendió de su padre a tener una conciencia ancha y sin escrúpulos. Tiene alma de comerciante judío y se enriquece bárbaramente. Gana en ocasiones hasta mil duros diarios, en el Panamá, de los trabajos preparatorios para el Canal».

Es cuanto sabemos de don Manuel Alfaro, ignorando por el momento cuándo murió y dónde está enterrado. Haremos por averiguarlo en Guayaquil, así como por conseguir nuevos datos biográficos de Cervera del Río Alhama, que fué su cuna. Todo lo merece aquel riojano que engendró a un general valiente y a un presidente nada vulgar en su Patria, pues llegó a ser Eloy Alfaro uno de los políticos más discutidos de América, según señalamos al principio. Con razón señala Alejandro Andrade Coello (2) que ningún gobernante ha sido en las crónicas ecuatorianas tan combatido como Eloy Alfaro. Golpes de maza sobre su cabeza, alusiones de descrédito encima de su nombre, huracanes de rencor contra su persona, considerándosele como un ser monstruoso, abominable y execrado».

Otros, como Juan Montalvo, lo enaltecieron como varón egregio y héroe casi legendario.

(1) W. L.: «Eloy Alfaro», tomo I, cap. V, pág. 48.

(2) «Motivos Nacionales», tomo II, pág. 29-30.

Lo cierto es, que fué un luchador constante en pro de la idea liberal durante cincuenta años; que persiguió y escarneió como político la Religión católica del creyente pueblo ecuatoriano, que era masón furibundo y que pagó con la vida el precio de tantos errores, al ser linchado por las masas enfurecidas el 28 de enero de 1912 en el Panóptico de Quito. El cadáver del anciano general y ex-Presidente fué arrastrado por las calles de la capital del Ecuador, en unión de otros cinco asesinados, hasta un lugar de las afueras que llaman El Ejido, donde fueron incinerados.

Muchos le acusan de haber sido un traidor al sentir cristiano y a las instituciones de su Patria, por la que sin embargo hizo algunas cosas buenas, de clerofobia y brutalidad, de profanaciones abominables, de malversaciones y crímenes sin cuento en nombre de la ley, para salvar sus ideas liberales.

La muerte de Eloy Alfaro no es imputable a los conservadores y católicos que tanto persiguió, sino a los partidarios de otro liberal sectario, el General Leónidas Plazas, candidato entonces a la Presidencia de la República. Indudablemente fué un tirano descreído, que tomó por asalto el poder; pero era una voluntad firme, el puño de hierro que la época y el medio necesitaban.

Perdón y olvido para la conducta del tremendo luchador que fué el hijo de nuestro riojano, al que un autor católico, su biógrafo Wilfrido Llor, dedica estas piadosas palabras: «Alfaro tuvo virtudes naturales dignas de imitación: su fidelidad conyugal, el tierno y delicado amor a sus padres e hijos, la generosa protección que dispensó a sus hermanos para prepararles un venturoso porvenir, la lealtad para con los amigos, la vida sobria cuando tuvo el Poder en sus manos, el afable trato a las personas desamparadas de la fortuna que le demandaron auxilio cuando era Presidente y su deseo de complacerlas, son cualidades que no se le pueden negar».

POST ESCRIPTUM. - A la vista del libro «Efemérides Cerveranas», de Pedro Martín Ortego y Juan Manuel Zapatero González, con prólogo de Alfonso Benito Alfaro (Zaragoza, 1913), que nos ha sido amablemente facilitado por el culto escritor y querido amigo P. Florentino Zamora, del ilustre Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios, con destino en la Biblioteca Nacional de Madrid, podemos

concretar que don Manuel Alfaro no pudo ser de ninguna manera Oficial de los Ejércitos carlistas, sino tal vez sargento de los guerrilleros constitucionalistas que combatían el absolutismo de Fernando VII entre 1824 y 1829. Primero, porque la fecha de esas luchas se ajusta más al año en que llegó el padre de Eloy Alfaro al Ecuador. La citada obra dice textualmente en sus páginas 82 y 83: «Era Cervera a partir de 1820 uno de los pueblos en favor de la Causa Constitucional», y consta que levantó partidas armadas que fueron derrotadas por las fuerzas del rey, sufriendo el pueblo los efectos correspondientes a su rebelde actitud.

«Cuando se hizo extender la noticia del afianzamiento del Régimen legítimo (el absolutista de Fernando VII), Cervera no lo reconoció, y rindió homenaje de adhesión a la causa que defendiera (la revolucionaria de la sublevación de Cabezas de San Juan y del general Riego), colocando una lápida alusiva en el frente de las Casas Capitulares, ante la que rodilla en tierra, juraron tácitamente sus vecinos mantenerse férreos y decididos», y es muy probable que entre ellos se encontrara Manuel Alfaro, aunque no citan nombres Marín y Zapatero.

Estos autores, muy poco objetivos por cierto, liberales y sectarios históricamente, dan a Eloy Alfaro como español y cerverano; con esto está dicho todo. Sin embargo en la página 123, después de condenar teatralmente el asesinato del ex-Presidente liberal y masón del Ecuador, dicen lo que sigue: «Un cerverano de estirpe indomable—Eloy Alfaro—, hijo de un *progresista acérrimo*—Manuel Alfaro—, que huyendo de las iniquias de los fernandistas, emigrara chaqueta al hombro al exótico terreno (Ecuador), en días de torpeza española» había sido asesinado por las alborotadas turbas de Quito. El periódico «La Rioja» de Logroño, en su número de 1.º de Marzo de 1912, persiste en el error al protestar del crimen y pedir un homenaje público para Eloy Alfaro. Dice «haber visto con hondo pesar lo acaecido en el Ecuador, donde usurparon (!) la vida a un hijo, quizá el más grande que diera este suelo» (el de Cervera).

El homenaje se llevó a efecto, dando el nombre de Eloy Alfaro a la calle antes llamada *de la Carretera*. Los periódicos liberales de Madrid se hicieron eco de estos actos de Cervera del Río Alhama, a los que asistió un primo carnal del general asesinado, el cual se llamaba don Esteban Alfa-

ro León, recuerdan que este pueblo fué de los primeros en proclamar la República en 1872.

Marín y Zapatero, secretario de Cervera el uno y médico local el otro, no se cansan de pregonar su ignorancia sobre la naturaleza de Eloy Alfaro, con frases repetidas como ésta «Un cerverano Presidente de una República, que murió por la libertad».

Creemos que nuestro trabajo es lo suficientemente documentado y claro para volver la verdad histórica a su lugar.